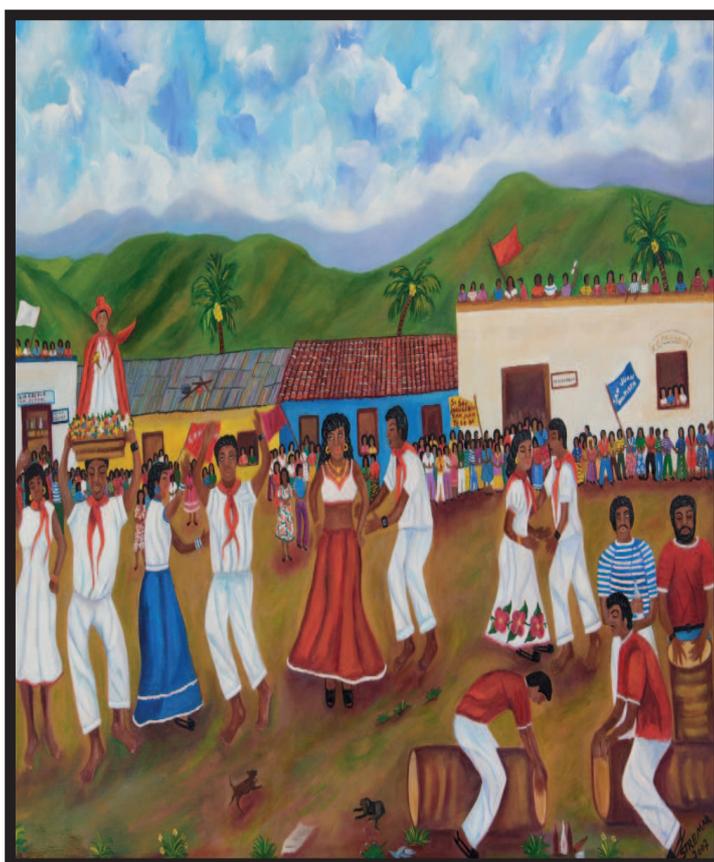


SOCIOHISTORIA



Baile de San Juan Bautista
Estrella de Martínez
Museo Salvador Valero

LITERATURA Y REGIÓN: UNA RELECTURA DE LA GLOBALIZACIÓN A PARTIR DE MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

*Luís Javier Hernández Carmona**
*Marelvis Mariano Vilorio***

RESUMEN

*En este artículo se vislumbra la globalización como antagonismo entre centros y periferias que generan la dinámica cultural y consienten la aparición de ciudadanías migrantes y fronterizas, las cuales en su acaecer hacen posible la supervivencia de los sujetos en función de sus principios identitarios y sus potencialidades, para autoreconocerse y ser reconocidos en la constitución de la ambigüedad cultural o la impostación-aceptación del mestizaje que permita conciliar la macrohistoria de la humanidad y la microhistoria de las regiones, tal y como lo propone Mario Briceño-Iragorry en su libro *Alegría de la tierra* (1952), donde en una extensa elegía al espacio telúrico establece una sentida reflexión desde los ámbitos ensoñativos y la configuración autobiográfica. Reflexión que involucra la conversión de la tierra y la patria en cuerpo a reivindicarse frente a los acechos totalizadores de la sociedad inconscientemente urbana.*

* Lic. Educación Castellano y Literatura, MSc. Literatura Latinoamericana, Dr. Ciencias Humanas. Prof. Titular Universidad de Los Andes-Venezuela. Miembro Correspondiente Academia Venezolana de la Lengua. Coordinador Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL).

** Licenciada en Lenguas modernas, Universidad del Atlántico. Magíster en Educación, Universidad Simón Bolívar. Estudiante del Doctorado en Ciencias Humanas, línea de investigación semiótica, Universidad del Zulia. Docente investigador de la Universidad Simón Bolívar. Coordinadora del área de Competencias comunicativas de la Universidad Simón Bolívar. Docente del Distrito de Barranquilla, Colombia.

Recibido:02/12/2015

Aprobado: 05/04/2016

Palabras clave: *Globalización, tierra, región, patemia, paradoja.*

LITERATURE AND REGIÓN: A REINTERPRETATION OF GLOBALIZATION SINCE MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

ABSTRACT

In this article, globalization is seen as antagonism between centers and peripheries that generate the cultural dynamics and let the appearance of citizenships migrant and frontiers, that in its happening allows the survival of the subjects depending on their identity principles and their potential for self-recognition and be recognized in the structuring of their cultural ambiguity or the impostation-acceptance of the miscegenation that allows reconcile the macrohistory of humanity and the microhistory of the regions , as it is proposed by Mario Briceño-Iragorry in his book "joying of Earth" (1952), where in a long elegy to the telluric space sets a heartfelt reflection from the reverie fields and autobiographical configuration. Reflection that involves the conversion of the land and the homeland in body to claim is facing the stalking Totes of the unconsciously urban society.

Key words: *globalization, land, patemic, Paradox.*

El mantenimiento de cualquier clase de cultura auténtica en el futuro dependerá en última instancia de nuestra capacidad para generar formas de cultura regional llenas de vitalidad al tiempo que se incorporan influencias ajenas, tanto en el terreno de la cultura como en el de la civilización.

Paul Ricoeur

GLOBALIZAMOS O ERRAMOS; EL DILEMA SIMBÓLICO

La globalización permite hoy hacer serias interpretaciones sobre las concepciones de ciudadanía como formas de pertenencia afectiva a espacios y lugares; lo que sugiere una reinención en medio de las fracturas sociales, étnicas, políticas, económicas y culturales, como

suma de los sincretismos que intentan la homología. Así lo regional y universal se conjuntan en simbólica reactualización de referentes y posibilidades de significación, aun cuando las ciudadanías como tales no se concretan y siguen asumiendo sus características de escenarios propicios para el tránsito de sujetos migrantes y fronterizos que refuerzan cada vez más el aludido sincretismo, y que en América Latina tiene a su más conspicuo representante.

Por lo que está búsqueda incesante de la ciudadanía a manera de reconocimiento del sujeto y sus espacios, comporta una interesante generación de complejas semiosis desde donde es posible refigurar los procesos que interactúan en la fundación de las sociedades, forjamiento de ciudadanías y formulación de teorías que intenten dar cuenta de tan intrincado fenómeno. Y que dentro de la globalización y sus causalidades nos abre nuevas oportunidades de interpretación, que en el presente caso, tendrá la subjetividad a manera de principio rector de los abordajes pretendidos a partir del libro *Alegría de la tierra* de Mario Briceño-Iragorry¹. Así que la *subjetivación* como proceso de análisis de contenidos culturales ofrecerá recursos que privilegian al Ser y sus desdoblamientos a través de la memoria, la historia y el deseo que fortalece el espíritu y la palabra para asumir la región íntima como recurso de apelación ante los intentos globalizadores.

Obviamente, la globalización vista desde las acepciones apocalípticas, adquiere características de discurso del poder que responde a intereses fundados en el dominio económico, desde donde se comparten pequeños espacios con los otros sectores de las sociedades mediante una dialéctica que juega a la integración como estrategia de dominación, sin que ello signifique un atentado contra los intereses de los poderosos; muestra de ello son los insertos que se hacen dentro de las culturas globalizadas provenientes de las llamadas culturas populares como forma de sostenimiento de las primeras a partir de un proceso de asimilación que permita crear visos de cercanía o instrumentos que permitan la empatía y reconocimiento en ellas. De allí que podemos

¹Mario Briceño-Iragorry (1897-1958), escritor venezolano que a la fecha es quien más libros ha publicado en la historiografía nacional. Y quien postula una interesante teoría de la cultura a partir de la historia como instrumento de creación y movilidad simbólica-referencial para fundar las bases que soporten los procesos de intercambio y asimilación dentro de la dinámica cultural.

precisar una reactualización de los contenidos culturales a partir del clásico antagonismo entre culturas globalizadas y culturas populares.

Porque, queramos o no, la cultura globalizada será el espacio de reconocimiento de las culturas periféricas; recordemos lo que sucede con América Latina con la llegada de los europeos; lo que sucede a diario con las grandes culturas del consumo y la inmediatez, que desplazan las culturas testimoniales que guardan los principios identitarios de las comunidades o naciones. Lo que nos lleva a referir la cultura como un sincrético campo simbólico que constantemente se resignifica en sus contenidos y valores, estableciéndose una dinámica imprescindible al momento de fijar criterios de análisis en torno a lo cultural, sin caer en las trampas que sugiere la tradición de la ruptura o las tesis sobre el estatismo como forma de salvaguarda de lo primigenio.

Antes fue cercar y poblar como categorías de apropiamiento de los espacios tanto físicos como culturales, todas las acciones conducían a limitar los inmensos espacios telúricos con cercas de alambre de púas, al mismo tiempo, en los escenarios literarios esa cerca también aparecía limitando personajes y acontecimientos bajo los sueños de la ciudad que vendría, tal es el caso de la obra emblema de don Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara* (1929), e indudablemente reproduce desde el plano estético la perspectiva ética-ideológica del autor, la inserción dentro de la obra literaria del discurso político con la intención de crear desde los planos de la ficción momentos de reflexión que metaforicen la realidad desde dos planos fundamentales: lo evidenciado explícitamente, y lo pretendido bajo la aplicación de los recursos estilísticos².

De esta manera la literatura venezolana ha cumplido un importante rol al mostrar en base a las transmigraciones actanciales y referencialidades sociales, los intentos por representar los tránsitos de los sujetos en la historia nacional encarnando y trasponiendo los roles

² Es importante recalcar que Mario Briceño-Iragorry utilizó en su extensa obra, los planos de la imaginación como recurso estilístico para referenciar y reflexionar sobre diversos tópicos en una interesante conjunción entre historia y ficción para develar su personal postura que fundamentalmente se basó en la triada: historia-autobiografía-etnicidad. Como ejemplo de esas obras basta mencionar: *Los Riberas* (1952), *El regente Heredia o la piedad heroica* (1947), *Casa León y su tiempo* (1946) y *El caballo de Ledezma* (1951).

que en la realidad forman parte de la cotidianidad. Especie de espejo para verse reflejado e inmerso en procesos históricos que a partir de la subjetivación se hacen propios y crean la posibilidad de establecer una ciudadanía sensible que permita el fortalecimiento de los rasgos empáticos imprescindibles para sostenerse en la dinámica cultural y poder concretar con las asimilaciones que permitan a lo testimonial enfrentar los acechos del desplazamiento y la sustitución por valores provenientes de culturas foráneas; por lo que la propuesta se fundamenta en la territorialización de la sensibilidad como campo simbólico.

Por lo que podemos estar refiriendo a una ciudadanía cultural migrante que conciente la hibridación como forma de resignificación de la cultura a manera de campo simbólico. Y en un amplio sentido pudiésemos estar hablando de culturas de la resistencia, que tensionan con las culturas del centro y la hegemonía del poder; sustratos culturales que han sido desplazados y mediante complejos procesos de resignificación y asimilación han ido creando culturas periféricas que se solapan en lo originario e identitario, tal y como ha ocurrido con la cultura telúrica frente a la cultura urbana; que a pesar de los desplazamientos del centro del discurso del poder sigue asumiendo ese papel reivindicatorio al compartir elementos que conjuntan lo universal y lo local a razón de isotopía fundacional, porque es menester recordar que las dos grandes isotopías originarias son: la mítica y la telúrica; deidades y naturaleza como base ancestral de la humanidad.

Y el hablar de migración no solo permite aludir a la movilidad material, sino a la transmigración simbólica-referencial que implica la escritura a manera de reflexión sentida, de oportunidad patémica para expresar a partir de la sensibilidad trascendente y trascendida en el texto, criterios que involucran por igual la memoria histórica y la memoria afectivizada que hace de la ensoñación un inigualable recurso de construcción discursiva. Tal y como ocurre con el texto *Alegría de la tierra* (1952) de Mario Briceño-Iragorry, donde se establece una bitácora de viaje retrospectivo a través de la memoria para recomponer a través de:

Recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de
nuestra dulce tierra patria. Son como notas recogidas del
cuaderno de viaje donde el hombre viejo de Venezuela

deja el aviso de su experiencia agradecida. Como el cuaderno de bitácora marca al navegante de hoy el rumbo que siguió ayer el timonel he querido recoger en esta terrestre bitácora las notas del viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional” (Briceño-Iragorry, 1990: 10).

Con este texto y la confesión del autor en el prólogo del mismo, estamos frente a la nostalgia telúrica como forma de estructuración de la reflexión; nostalgia telúrica que permite la construcción de la paradoja discursiva que no apunta hacia la alegría de la tierra, sino a la tristeza que sirve de impulso para alertar sobre el ocaso de una nación si no rectifica su rumbo y se deja diluir en los espejismos económicos-productivos, y con ellos de los principios autóctonos que soportan las bases identitarias de la nación. Así que la escritura cumple un propósito dual, en principio, dar a conocer la opinión y criterio del autor sobre el acontecimiento aludido, y posteriormente, recalcar la función de la escritura como viaje a la memoria y oportunidad para autoafirmarse como sujeto comprometido con su patria y consigo mismo:

“Hombre de la ciudad, preferentemente dedicado a oficios de escritorio y biblioteca, por desgracia no he cultivado otra tierra que la de mi corazón y de mi espíritu. Ello no empece para que sienta el imperativo indeclinable de la conciencia agrícola que define e ilumina nuestra historia” (Briceño-Iragorry, 1990: 10).

Por lo que una forma de inventar para no errar frente a la dinámica de las culturas globalizadas, será lo local transfigurado en recurso del sujeto con el fin de hacer el viaje creador y dialéctico sobre los muros del tiempo para develar el alma de los pueblos, esa aldea cósmica que permite la conjunción entre lo íntimo y lo colectivo a razón de elementos fundantes del discurso, de la oportunidad de resarcir motivos y acodarse a los espacios a través del sentimiento:

“ellos hacen amables estos espacios indiferentes de los pueblos viejos, estos paisajes abandonados donde parece que su evocación sin nombre es más sentida, y alma po-

pular, alma de seres muertos que hoy es como espíritu de cosas, habla mejor en este silencio de cipreses argentados de luna, junto a la fuente vieja y derruida donde reza con unción devota un hilo de agua clara” (Briceño-Iragorry, 1991: 29).

LA CONCIENCIA TELÚRICA FRENTE A LA CULTURA DESHILACHADA.

Huelga insistir en la pervivencia de lo subjetivo como forma y procedimiento para plantear reflexiones sobre diversos tópicos y acontecimientos, estableciéndose de esta manera una paridad oposicional que permite confrontar lo objetivo y lo patémico como formas complementarias para ‘conocer’ el mundo y ‘leer’ realidades. Así que podemos hablar de la patemización de los referentes para intentar definir ese complejo proceso de apropiación de las referencialidades por parte de los autores y escritores, donde el discurso es oportunidad de recorrido argumental-emotivo que permite la reflexión sentida, y el texto se envuelve entre lo ético y lo estético a razón de elementos coadyuvantes: “Estos son cuentos antiguos, pero que sirven de testimonio de la iniciativa y del trabajo de nuestros mayores. Cuentos un tanto románticos que dan, en cambio, buenos ejemplos”.³

Cuentos románticos alude a la ensoñación que produce el recordar para articular la memoria a manera de catalizador de sensibilidades y reflexiones. Por ello, *Alegría de la tierra* es un texto fundado en la cotidianidad y la confluencia de realidades íntimas y colectivas; entrelazadas por la presencia de halo telúrico. Así que café y música se hibridan para producir nociones de nacionalidad, principios identitarios que apuntan hacia el robustecimiento de los cimientos patrios, porque: “la tradición del café se enlaza, para el bulto de la historia, con la estupenda tradición de nuestra música.” Entonces, además de la relación económico-productiva, el café se hace aroma y espiritualidad que se complementa con el pentagrama musical y viceversa.

³Todas las citas sobre *Alegría de la tierra* realizadas en este aparte del trabajo, pertenecen a la edición de las Obras completas del Congreso de la República, Caracas, 1990, Volumen 8.

Lo profuso y profundamente real-objetivo se convierte en aroma que acompaña las tertulias que afianzan los espíritus y posibilitan la cercanía en la cotidianidad; “Bien vengan estas tertulias en torno al humeante y agónico café nacional. Su fragancia puede decirnos muchas cosas. Puede darnos el secreto de cómo, junto al progreso y al empuje que representa la torre del petróleo [...] Sirva, pues, el café de estímulo para platicar acerca de tantas cosas que no son comunes y a veces placenteras.” Pero lamentablemente, en la actualidad, este clamor de Briceño-Iragorry es un *mensaje sin destino*, porque el aroma del café ya no es ambiente para las tertulias en el tenue teclear de los usuarios de la Internet buscando sus propias identidades en espacios tan disímiles y deshumanizados como Facebook y Twitter; los cibercafé son la evidente contradicción de las tertulias y el reconocimiento en lo profundamente humano, representando el aislamiento, en especie de autismo tecnológico que condena al olvido y la desmemoria.

Y en una relectura de *Alegría de la Tierra* frente a la cultura globalizada, esa cultura agrícola que hoy, y en apariencia, puede ser considerada de la periferia, pervive por una asimilación patemizada en lo más íntimo de las comunidades, porque forma parte de la arquitectura sensible de los sujetos. Y he aquí una de las poderosas razones y fundamentaciones de la teoría de Briceño-Iragorry con respecto a la historia, el pasado y el sujeto. Porque desde esta posición teórica la cultura se estructura en función del Ser que la construye y se autoreconoce en ella, dinamizando de esta manera todos los constructos que operan dentro de la dinámica cultural, alejando a nuestro autor de las denominaciones de tradicionalista o positivista por haber recurrido al pasado como mecanismo aleccionador de los pueblos.

Entonces estamos en presencia de una cultura del espíritu como forma de resistencia ante los procesos globalizadores; cultura espiritualizada que permite la inserción del escritor en el rol protagónico, y no como simple espectador o convidado de piedra, sino desde el auto-reconocimiento con la localidad que funda su mundo primordial: “Yo busqué en Trujillo la vieja pulpería de mi infancia, en espera de que no hubiera sucumbido por completo como ha sucumbido la pulpería en Caracas. Tenía la esperanza contenida de que la montaña, más conservadora que la costa, hubiese defendido los derechos de la tierra nu-

tricia”. Esa búsqueda se convierte el diálogo franco y abierto; lectura en voz alta de sus propósitos personales y colectivos que evidencian su compromiso como escritor.

Surge de esta manera la idea de la aldea cósmica, lugar de los ensueños y la ensoñación desde donde es posible evocar la cultura desde las afectividades, estableciendo la subjetivación referencial como forma de reflexión, que para Mario Briceño-Iragorry fue norte fundamental que lo acompañó siempre y en todo momento en la travesía por tan prolija obra. Entonces, quizá sea esa cultura de la ensoñación la que contiene las verdaderas respuestas frente a la búsqueda del sujeto, que tiene su mayor referencia en el discurso estético, en la prosa simbólica-metafórica que va más allá del acontecimiento literal y sugiere mundos que tocan de cerca el alma de los pueblos. Por lo que la búsqueda personal se convierte en excusa y procedimiento estético para involucrar al lector que a la postre se transforma en compañero de viaje en los senderos de las certezas frente a las incertidumbres.

En tal sentido, aquí nos encontramos con las metáforas de la tierra como formas de sostenimiento de lo telúrico en los presentes globalizados; esas metáforas que permiten la pervivencia de lo ancestral, que obviamente pasa desapercibido frente a la cultura del espectáculo, definida este desde la concepción de Debord, donde:

El espectáculo se muestra a la vez como la sociedad misma, como una parte de la sociedad y como *instrumento de unificación*. En tanto que parte de la sociedad, es expresamente el sector que concentra todas las miradas y toda la conciencia. Precisamente porque este sector está *separado* es el lugar de la mirada engañada y de la falsa conciencia; y la unificación que lleva a cabo no es sino un lenguaje oficial de la separación generalizada (1967: 5).

Por lo que entendemos que la cultura del espectáculo es la cultura deshumanizada, vacía de contenidos y valores, presentada como la historia conmemorativa desde la ajenidad al individuo y en función del aturdimiento de la imagen. Lo que nos hace pensar que la cultura adquiere connotaciones reales y verdaderas cuando establece vínculos

afectivos con el sujeto cultural, de lo que resulta un objeto cultural patemizado. Y precisamente hacia esos predios apunta Briceño-Iragorry en sus reflexiones, y particularmente en este libro *Alegría de la tierra*, donde se convierte en voz de la conciencia colectiva para indicar que los signos del arraigo siempre presentes en las sociedades, sencillamente, son ignorados, aun cuando ellos constituyen la cotidianidad. Están dentro de las inmediatas relaciones del sujeto con sus espacios comunitarios; los contenidos que permiten la relación intersubjetiva que organiza los espectros culturales.

Y si en párrafos precedentes se hizo mención a la relación entre la música y el café como formas de transfiguración espiritual y sentida de la cultura, es imprescindible referir la importancia de lo culinario a manera de sostenimiento de los valores culturales autóctonos, y más aún, en correspondencia con lo que Briceño-Iragorry llama *agricultura antigua*, para simbolizar el peso ancestral de este sustrato cultural. Porque al igual que la música como alimento del alma; el alimento a razón de sustento orgánico es sinónimo de expresión cultural y principio identitario que conecta a diario con el pasado unificador, pero en la mayoría de los casos, ignorado. Y en todo caso se está ignorando la hibridación cultural que comporta lo culinario:

“Se juntaban, pues, en nuestro mundo venezolano las fuentes principales de alimentación del hombre: trigo, maíz, yuca, papas y arroz. El trigo da la fisonomía a la cultura europea y mediterránea: el arroz a la cultura afroasiática; el maíz, la yuca y la papa constituían la base alimenticia del aborigen de América”.

Lo étnico es desbordado por los productos de la tierra que se convierten en metáforas de lo presente y lo pasado como fórmula para interpretar las realidades. Al mismo tiempo que conforman la tradición que sustentada por la conciencia mística se acendra de una manera determinante en la memoria afectivizada de los pueblos. Los alimentos se hacen concierto barroco que evidencia el mestizaje, entrecruce y amalgama de culturas: “La hallaca o tamal corresponde en el arte de comer a lo que el barroco representa en el arte de construir. La hallaca es la más perfecta expresión del barroquismo culinario de la Colonia. Es la

conjunción sibarítica del maíz de América con las finas carnes y los saporíficos aliños venidos de Europa.” Mediante la sensibilización de los ingredientes provenientes de la tierra logra hacer confluencia entre lo alimentario y lo espiritual, y aquí surge una interesante propuesta para ‘rastrear’ desde lo culinario la interrelación entre los insertos culturales que toda sociedad va compartiendo y que son innegables a la hora de un estudio serio y conciso.

Es menester referir que este texto de Briceño-Iragorrry no es una apología sensible de la tierra que se diluye en gesto exaltativo y romántico, aun cuando su principal propósito es destacar la tierra desde las figuraciones del espíritu y la ensoñación reflexiva. Por lo que hacemos referencia a un apartado del texto titulado *ocambure*, y desde donde reflexiona sobre la falta de esfuerzo y sacrificio de algunos sectores por el país, e indudablemente, las dádivas políticas y el facilismo: “El cambure es la negación del sudor. Sin ningún esfuerzo se le logra. Es sinónimo de regalo, de facilidad, de sinecura. Hoy se da al cargo burocrático en general el nombre de “cambure”⁴. Y como en *Macondo*, la emblemática locación ficcional de García Márquez, el banano es sinónimo de destrucción y presencia imperial; bajo un impresionante dialogismo: “El imperialismo parece invencible. Para eso están los finos negociantes que saben llevarse, no los verdes cambures, sino los verdes cheques que compramos con el dinero que nos da nuestro petróleo para pagar el pan nuestro de cada día.”

Como la especie humana, la naturaleza no solo se haya en las manifestaciones del bien y la solidaridad, sino tienen otra cara, la otra cara de la moneda que sirve para metaforizar las sequías y talas que presenta la ideología política en el seno de las sociedades: “Y la mata de cambure, del mismo modo como esteriliza el suelo, ha esterilizado y desviado la voluntad cívica del venezolano. [...] mientras se abandona el suelo, mientras todo escasea, el bananal del gobierno crece sin medida.” Crece al mismo tiempo la abulia que condena al estatismo e indiferencia frente a las realidades sociales, a la sustitución de productos nacionales por importados, de lo orgánico por lo artificial; todo

⁴Todas las citas sobre *Alegría de la tierra* realizadas en este aparte del trabajo, pertenecen a la edición de las Obras completas del Congreso de la República, Caracas, 1990, Volumen 8.

ello en aras del confort y comodidad de los sujetos, y que obviamente no comporte ningún esfuerzo: “Pero no. Nosotros preferimos la papa importada⁵. Quizá para muchos resulte mejor negocio adquirirla del vendedor extranjero. [...] Tenemos la tierra y tenemos los brazos, y no sembramos la papa porque representa trabajo. Preferimos que nos la “pelen” fuera. Para eso hay buen dinero dentro con qué pagarla.”

Siguiendo la tradición latinoamericana, Mario Briceño-Iragorry privilegia la presencia del maíz en su texto, y desde esa notación simbólica establece un complejo eje de referencialidades que permiten diversificar ese rubro vegetal como representamen de la resistencia americana frente a la presencia europea: “Claro que el español no se adaptó fácilmente al pan de los vencidos. Frente al maíz altanero, plantó la espiga del trigo, símbolos de la civilización dominadora. Luego, las colinas y los valles se vieron dorados por la espiga preclara que servía de nutrimento a la vieja cultura del Mediterráneo”. Y bajo esta alegoría propone un paralelismo semiótico entre ambos constructos vegetales para significar la transversalidad cultural que se establece dentro de la configuración de la cultura nacional; cultura que se presenta mediante la tensión y distensión⁵ entre centros y periferias; entre el signo vegetal de la cultura americana y el ícono de la cultura europea.

Al mismo momento alude al desplazamiento que significa la cultura de la imposición sobre los principios vegetales-identitarios, y con ello, el abandono tanto del campo como de la conciencia nacional frente al triunfo de la cultura que se establece a manera de paradigma: “Recibieron un nuevo estilo de pan, pero, en cambio, dieron al vencedor el suyo propio. Nuestro criollo se crió, no a dos carrillos, sino a dos panes: tuvo el trigo del conquistador y mantuvo el maíz., la yuca y la papa del indio rendido.” Interesante relación la que hace entre el ocaso de la agricultura y la desmemoria que atenta contra la cultura identitaria, que se refugia en la escritura como espacio de la resistencia: “El agricultor empezó a abandonar las siembras de maíz y el maíz empezó a venir a menos. Comenzó a fallar el viejo y generoso maíz que nos legó el indio triste y resignado. Ya la tierra no lo da con la fecundidad antigua. El ⁵Tensión y distención que hoy día presenta importantes alternativas en cuanto a la hibridación cultural nacional, donde los signos del maíz se muestran en la hegemonía cultural alimentaria y su icónica representación en la arepa; mientras que el trigo es cultivo que acompaña pequeñas manifestaciones de tradición concentrada en la región andina.

petróleo la ha esterilizado para las disciplinas agrícolas. El mechurrio mata el rastro. Y hubo entonces necesidad de importarlo. Se trajeron de fuera grandes cantidades de maíz.”

En este sentido, conciencia, telurismo y vocación agrícola se hacen elementos interdependientes que construyen el discurso reivindicativo de lo nacional. Los géneros de la tierra se hacen consecuentes con el sentir nacional y la fundación de estamentos identitarios, donde muchas veces lo ajeno se hace propio bajo la “equiparación de mundos”, y no solo en materia alimentaria, sino en los símbolos que posteriormente se hacen vernáculos; tal es el caso del caballo: “El indígena miró míticos valores en el ímpetu de las cabalgaduras. Luego les tomó confianza y robó caballos del poblador, para probar la suerte de la carrera sobre pies extraños. El llanero ya es tipo mestizo. Es el hombre que conoce las quiebras del suelo y que sobre él cabalga en pos de la aventura. Potros, caballos, novillos, vacas, careros y mautes llenan la anchura venezolana.”

Bajo estas referencias la consecuente pérdida de la conciencia telúrica y vocación agrícola produce un alejamiento de los centros identitarios de la cultura nacional, mientras que los contenidos de la cultura foránea desplazan los valores que tanto defendió Briceño-Iragorry mediante el correlato de Trujillo-nación-Latinoamérica. Y allí surgen sus tesis sobre “la crisis de pueblo” que aqueja a los seres que se han olvidado de la tierra y sus signos: “Defendamos junto a la autonomía de la tierra que sintió la veloz carrera de los potros de la victoria, las genuinas líneas de nuestro espíritu, expuesto a la total disolución que persigue la lenta conquista encomendada a “Selecciones”, “Visión” y demás papeles yanquis que, en nuestra propia lengua, se encaminan a cambiar el alma de nuestro pueblo en crisis.” Lo que indica una nueva conquista que subsume nuevamente lo nacional a los discursos del poder económico, y la ciudad imperial traslada sus íconos ideológicos para arrollar no solo vegetación sino formas autóctonas que garanticen su permanencia en el universo cultural.

Es el paso globalizante y globalizador de una práctica económica que en pos del dinero y la riqueza sacrifica espacios, hombres, manifestaciones y sentires; quedando pequeños visos donde habita la nostalgia

telúrica y su prefiguración existencial y de resistencia, tal es el caso de *la huerta*, símbolo de la tierra y su espacio de cercanía cotidiana que contiene los insumos alimentarios; pero que de igual manera forma parte de la ‘casa’ y los espacios íntimos de los seres que conviven en la más profunda familiaridad: “En la vieja Caracas, nostálgica de fragancias y de niebla, la antigua huerta, junto con el alegre jardín, terminaron hace mucho. Las nuevas quintas tienen lindos frutales y lucen primorosas flores. Escasos son los rincones donde se cultivan rábanos y lechugas. La huerta salió extramuros de la ciudad, en pos de la amplitud requerida por el gran vientre del pueblo.” Y con la huerta⁶ sucumbe la pulpería y el fogón frente al ingreso de los valores de la modernidad representados por los electrodomésticos y otros artilugios del progreso que demarcan nuevas formas de vivir a través del confort del “esplendor nuevo”.

Y en este momento de la reflexión sobre *Alegría de la Tierra*, es de capital importancia advertir que en ningún momento Mario Briceño-Iragorry estuvo en contra del progreso y la tecnología, sino que siempre procuró que estas necesarias e imprescindibles herramientas estuvieran al servicio de la libertad de los hombres; “sembrar el petróleo para que naciese pan comestible” y advertir que con el arrase de lo corpovegetal se extingue la conciencia nacional; “la conciencia se deshace y no sabe uno qué capítulo de la historia está viviendo. Pues bien, cuando se inauguran estos grandes teatros del mercantilismo yanqui, hay derroche de regocijo criollo, y hasta el Obispo, arreado de capa pluvial y brillante mitra, los bendice como si se tratase de bendecir un manadero de agua clara.”

No hay entonces razón para olvidar la tierra frente a los avances de la ciudad y el progreso; no hay por qué sacrificar los valores telúricos que representan las bases culturales, sino más bien utilizarlos como clarinada para sacudir conciencias y motivar acciones que reivindiquen

⁶ Con esta referencia tenemos oportunidad de señalar que la concepción de huerta en Venezuela ha vuelto a la palestra pública a través de planes y programas del gobierno nacional de utilizar esta práctica agrícola como forma de producción frente a la crisis que actualmente atraviesa nuestro país. Implementación que hasta los momentos no ha producido resultados satisfactorios y en el fondo desvirtúa el valor de la huerta dentro de las perspectivas ancestrales e identitarias. Lo que permite establecer grandes diferencias entre el uso del término desde lo sensible-patémico, tal es el caso de Briceño-Iragorry, y lo crasamente ideológico y desprovisto de toda emotividad cultural.

lo nacional y vuelva a surgir la alegría bucólica que nos identifica; he allí la intención de Briceño-Iragorry: “mi empeño se redujo a presentar la suficiencia antigua como fondo de contraste para el abandono en que han caído nuestras actividades rurales. Con alabar los frutos de la tierra, he querido alabar al sufrido, alegre y bondadoso hombre que la trabaja. Mi empeño ha sido simplemente pintar el drama sombrío de nuestro suelo sin alegría, en espera de que en algún día reverdezca en él la plenitud de la esperanza creadora.”

El amplio y robusto tapiz de la historia y cultura patria se deshilacha paulatinamente al perder sus puntales y se descuelga en la desmemoria que amenaza con reducirlo a pequeños estamentos patrimoniales que perecen en el estatismo y la conmemoración; deshumanizando la sociedad y desobjetivando los hombres, que como cáscaras habitan los espacios encantados por las voces del consumismo. Y en medio de esa cultura deshilachada surge la visión aldeana o región cósmica como “voz antigua de la tierra” para aguijonear la conciencia de los hombres frente a los cataclismos del presente; voz antigua transfigurada en palabra aleccionadora que recrea el pasado y enarbola la metáfora como forma de expresión ética-literaria.

LA ESCRITURA COMO LUCHA CONTRA LA MUERTE Y EL OLVIDO

La expresión estética en todas sus acepciones ha sido la transformación de la sensibilidad que permanece subyacente en los tiempos y cambios tecnológicos que anuncian la tan esperada época mesiánica que concilie las diferencias y balancee los haberes de la humanidad. Es la sensibilidad, el perfil que sobrevive al vértigo tecnológico, al devenir de la apariencia y los descentramientos de un mundo extremadamente cierto, donde la expresión artística sigue revisando las utopías como formas de abordar las realidades dentro de la posibilidad autobiográfica a manera de principio escritural. Porque desde siempre han representado las posibilidades de transfigurar por medio del discurso metafórico los mundos de ensoñación en realidades determinantemente ciertas, de cuestionar y alertar causalidades, o más bien, proponer nuevas formas de enfocar lo ancestral-identitario como constructo de las nociones de ciudadanía.

Así que la literatura permite el juego de las imágenes, el vuelo de la imaginación, y aún más: la región literaria, posibilita la cercanía con el entorno universal del individuo, porque aclaremos, la región literaria no se circunscribe a una limitación física, geográfica o cultural, por el contrario, está representada por la capacidad de articulaciones de significado en la concatenación de sentidos. Y precisamente ese fue el sentido que Mario Briceño-Iragorry imprimió a su obra; allí se gira en torno a una región llamada Trujillo, quien representa la especificidad universal del Ser consustanciado con su lar nativo, que indefectiblemente metaforiza todas las posibles articulaciones con otros espacios de la referencialidad hasta llegar a lo que desde la semiótica se define como macrosemiosis. Espacio de la representación-significación que está constituido por la suma de singularidades o microsemiosis, impelentes ejes temáticos que interactúan en torno a un eje temático.

E indudablemente la obra de Briceño-Iragorry busca develar la universalidad desde sus espacios cotidianos; esos espacios que consustancialmente deben forma parte del hombre para que a través de éste constituyan el alma de los pueblos. Y como pudimos apreciar en el enfoque anterior sobre *Alegría de la tierra*, debe existir una conjunción indisoluble entre el Ser y sus espacios de cohabitación, donde lo meramente físico-geográfico es trascendido por la voluntad ensoñativa que permite la incorporación del cuerpo sensible a los mecanismos enunciativos, y provee una rica prosa que contiene en magistral acepción lo ético y lo estético. Y de esta forma surge la tradición autobiografía tan necesaria y recurrente en la obra de Briceño-Iragorry como forma de autoreconocerse dentro del discurso, y al mismo tiempo, articular lo sensible como recurso estético-estilístico.

Razón que nos lleva a referirnos a textos como *Patria Arriba* (1955), un texto donde se buscan las raíces a través de la relación personal del autor con su apellido Briceño y su vinculación no sólo con los conquistadores que trajeron dicho apellido, sino con la cultura universal que él involucra. Aquí existe una fluida relación entre el enunciante y el referente a través de la empatía y el afecto, lo subjetivo permite el encuentro del texto y el lector en relación directa con su contexto. Lo que podemos referir como el más claro ejemplo de la patemización referencial del discurso y su impronta aleccionadora y de sostenimiento del espíritu que no conculca frente a los discursos del poder.

Así que la región física-geografía se transfiere a la escritura como región literaria, que por sus notaciones de espacio semiótico, se constituye en propuesta estética que permite crear en la fuente de nuestros valores y principios, formar textos en la dualidad de la imagen y la palabra, conocer a través de lo afectivo: la historia, la cultura, las manifestaciones sociolectales e idiolectales de la comunidad donde interactúan el ente productor de discursos. Sin desechar los avances tecnológicos de la era digital y aprovecharnos de ellos para difundir la región literaria, el trabajo diario con la literatura, tanto en la lectura como el análisis de discursos estéticos en función de la región literaria, es fundamental que lea y escriba, imagine y construya desde la riqueza de las imágenes literarias, para luego digitalizar y navegar en la superautopista de la información.

Ahora bien, no se trata de exclusiones sino de integrar, pero respetando al individuo como ser sensible y talentoso; educando como lo propuso Luis Beltrán Prieto Figueroa, desde un humanismo democrático, donde la educación libere y fortifique al hombre y no lo entregue a manera de borrego a una sociedad altamente digitalizada. Y donde coincide Mario Briceño-Iragorry al esgrimir esa misma tesis al escribir textos como: *Mi infancia y pueblo* (1951), *Patria arriba* (1955), *Por la ciudad hacia el mundo* (1957), donde concatenó su vida con la de la tierra de María Santísima, como llamó a su pueblo natal, porque:

Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de Patria total, capaz de abarcar en sus seno los destinos de mil diversos pueblos, si no se profundiza su raigambre en la robusta individual de la Patria local, en el afecto inmovible al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia. (Briceño-Iragorry, 1988: 25).

Bajo estas formas alegóricas es la tierra colmada de afecto la que forma la base estructural del sujeto reflexivo que hace propios los acontecimientos sobre los cuales reflexiona. En este sentido es la aparición de la conciencia moral soportada en la nostalgia como ente

potenciador de los lazos empáticos y de reconocimiento que permiten la mirada desde la sensibilidad y sus acercamientos dentro de una didáctica cotidiana que cubre la reflexión sobre todos los aspectos de las relaciones del sujeto con sus entornos y microentornos desde punto de vista de la aleccionador. En este sentido, los recuerdos son centro de la reflexión patemizada que conduce al engrosamiento de alternativas de interpretación que consideran al sujeto como texto, y desde allí, hacen sus correspondientes lecturas de las sociedades.

Y dentro de estas reflexiones patemizadas a partir de la sensibilidad como articulante del orden simbólico, surge la literatura a manera de representante genuino de la incorporación del sujeto como texto y base de los argumentos de validación de lo reflexionado bajo una dialéctica simbólica que tiene como soportes fundamentales: la memoria, la historia, el discurso, lo imaginario y la sensibilidad. De allí que podemos referir el constructo sensible a manera de alternativa frente a los discursos globalizados y globalizantes, donde lo experiencial y lo afectivo-subjetivo son elementos determinantes en la construcción de preceptos pedagógicos, donde lo experiencial permite hacer propio lo ajeno y lo extraño a partir de las afectivizaciones que provee las vivencias y experiencias a través de las diversas agregaciones que el sujeto va haciendo en su devenir tanto íntimo como colectivo.

Entonces los asertos se hacen desde el encuentro entre lo íntimo y lo colectivo como forma de interacción cultural-existencial, y de esta manera borra cualquier intención de sectorizar la mirada comprensiva en el aspecto local que castre o limite la interpretación a sesgos del ego; elemento muy bien expuesto por Briceño-Iragorry que siempre insistió en afirmar: “los localismos trujillanos me son indiferentes” (Carta al Dr. Julio Parra. 1941) para deslastrarse de los localismos que circundaran su obra sobre específicos istmos geográficos o culturales. Trujillo fue instancia cósmica para extrapolar la ética fundada en la tierra y la historia. Una como resultante de la otra sin mas bien menoscabo, sino mediando entre un ser que se interroga desde las instancias familiares y personales. Quizás esta condición es la responsable para tildar a Briceño-Iragorry de chovinista.

De hecho, las instancias cósmicas desafían todo tipo de limitaciones porque su figuración simbólica está contenida en los recursos de la ensoñación y la subjetivación como formas discursivas, lo que indica la reflexión desde los órdenes del reconocimiento y la patemia. Por ello, Mario Briceño Iragorry trascendió los umbrales del localismo y combinó la región con lo universal;

Esto del regionalismo es problema tardío y demasiado mal llevado en Venezuela. Yo lo he abordado en distintas ocasiones y bajo diversos aspectos, y sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y responsabilidad plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. (Briceño-Iragorry, 1988; 44).

De esta manera el acto de la escritura combina lo ético y lo estético para vigorizarse en los referentes del alma, donde el único acceso se encuentra determinado por la mirada subjetiva del yo que repudia la materialidad y se aferra a los principios de lo humano, aun cuando pueda parecer vacuo e intrascendente. Infinidad de veces, el poder de ensoñación a través de la escritura le permite regresar simbólicamente a la patria en tiempos de exilio: “Sobre el arco irisado de ese fantástico hilo de agua, mi espíritu ha regresado también a mi Trujillo distante, para vivir entra las nieblas del recuerdo una hora de libertad y señorío” (Briceño-Iragorry, 1988, 81). Mediante la antecendencia del ser se configura un cosmos fundado en la articulación de la memoria y la nostalgia que permite las transmigraciones simbólicas como recurso de interpretación, dando a la reflexión un giro hacia lo patémico-empático.

Y dentro de esta práctica reflexiva, Briceño-Iragorry reconoce explícitamente el binomio: Infancia/Ciudad. Lo considera punto fundamental en la formación de cualquier persona y se autoreconoce en los espejos de su tierra a manera de génesis y columna vertebral de su posterior actuación tanto personal como pública: “rindo un homenaje a la tierra nutricia donde empieza para cada ciudadano el área generosa y ancha de la Patria. [...] Cuando pienso en mi tierra natal y me doy por exaltar sus elementos históricos-geográficos, por nada me separo de la

idea de que allí reside, para mi concepción personal, la primera piedra del edificio de la gran Patria venezolana” (Briceño-Iragorry, 1988: 380). Y he aquí la concreción de nuestra propuesta de *ciudadanía sensible* como forma de abordar los polémicos espacios de significación, y la generación de recursos interpretativos que tienen como centro al sujeto a manera de punto de embrague entre las diversas referencialidades que van desde lo local a lo universal.

Al autoreconocerse en su tierra, tiene conciencia de la trascendencia de lo regional en la conjunción de lo universal. Ubica su tierra, no como ínsula solitaria, sino la totaliza en el sentido de pertenencia de un país. Esto es, ubica lo regional en comunión con lo universal; dos esferas en un mismo principio: “Quedarse en cambio, cada quien en el reducto estrecho y egoísta de lo regional o convertir a sus signos el valor de lo nacional, es como servir a la obra de la desintegración de la nacionalidad. Yo sé decirle que me siento profundamente venezolano por saberme trujillano en la integridad creadora de la integración” (Briceño-Iragorry, 1988: 142). Y dentro de los órdenes simbólicos podemos referir una *elipsis patémica* que une y suma ejes temáticos dentro de los sistemas sígnicos en la ardua labor de elaborar cartogramas culturales desde los principios identitarios.

Es la pertenencia telúrica, la cultura vegetal que racionaliza una región en los ámbitos de la sensibilidad, en la conjunción de la palabra como pórtico universal del pensamiento: “Hoy las provincias nada tienen que reclamar por sí solas. Yo no creo que la amplitud del destino de Venezuela pueda medirse con la vara de las regiones o con el almud del pulpero de aldea. Aldea y provincia son apenas valores sillares sobre la cuales se levanta el gran edificio de la Patria Venezolana” (Briceño-Iragorry, 1988: 281). Entonces, la abstracción no puede utilizarse como metodología de análisis frente a los fenómenos de la globalización, sino más bien en la suma de voluntades locales que articulan a partir de los sincretismos homogeneizadores la totalidad simbólica que permite concatenar las referencialidades y crear la causalidad representativa bajo el establecimiento de la *ciudadanía sensible* que va a permitir enlazar almas y pueblos en binomio fundante y reivindicativo.

De allí que la región es el representamen de la intersubjetividad; se convierte en instrumento de mirada doble: reflejo interior y reflejo exterior. No solo explora el yo de la enunciación, sino también, el otro observado. Este reflejo hace empáticos al yo y al otro en función de rasgos característicos y definitorios que sustentan un discurso particularizado; es el ejercicio del aprendizaje experiencial que se hace colectivo al entronizarse con otros aspectos y sustratos culturales. Es la constitución de un imaginario social que parte de la inmediatez para luego enraizarse con la semiosfera, constituirse en objeto dinámico de los espacios semióticos que generan significación borrando las fronteras y las limitaciones espacio-temporales.

Es la asunción de la región cósmica como discurso de la resistencia y la subversión frente a los discursos homogeneizadores de la globalización, y sus analogías de la aldea global; la región que se constituye en texto cultural para ser leído desde las particularidades identitarias hasta los sincretismos que constituyen las totalidades nacionales, teniendo siempre el rol autobiográfico a manera de punto de sostenimiento patémico-discursivo que dentro de la causalidad textual se desdoblará en conciencia moral frente a las culturas globalizadas y globalizantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Debord, Guy (2004) *La sociedad del espectáculo*, Madrid, Pretextos.

Briceño-Iragorry, Mario (1980) *Obras Completas*. Vol. 1. Caracas. Ediciones del Congreso de la República.

_____ (1990) *Obras Completas*. Vol. 8. Caracas. Ediciones del Congreso de la República.

_____ (1991) *Obras Completas*. Vol. 14. Caracas. Ediciones del Congreso de la República.